

MARIE BENEDICT
VICTORIA CRISTOPHER MURRAY

LA COLECCIONISTA

 Planeta

Capítulo 1

28 de noviembre de 1905

Princeton, Nueva Jersey

El viejo campanario Norte marca la hora y me doy cuenta de que llegaré tarde. Anhele correr a toda velocidad, con mis voluminosas faldas alzadas y mis piernas sobrevolando los senderos de la Universidad de Princeton. Pero justo cuando levanto las pesadas telas, escucho la voz de mamá: «Belle, debes comportarte como una señorita en todo momento». Suspiro; una señorita jamás correría.

Cuando atravieso el paisaje gótico y arbolado de Princeton, diseñado para que se parezca al de Cambridge y Oxford, suelto la tela y aminoro el paso. Sé que no debo hacer nada para llamar la atención. Al momento en el que cruzo Blair Arch, mi paso es rápido pero aceptable para una señorita.

Hace ya cinco años que dejé nuestro departamento en la ciudad de Nueva York para venir a este tranquilo pueblo universitario de Nueva Jersey, y el silencio sigue siendo inquietante. Los fines de semana quisiera volver a la energía de Nueva York, pero los sesenta centavos del boleto de tren están fuera de nuestro presupuesto familiar. Por eso, en su lugar envío dinero a casa.

Al cruzar debajo de la torre almenada, modero el paso para no llegar sin aliento a mi destino. «Estás en la Universidad de Princeton. Debes tener mucho más cuidado cuando trabajes en esa

institución que es exclusivamente masculina. Sé precavida, nunca hagas nada para sobresalir». Aunque esté a casi cien kilómetros de distancia, mamá se insinúa en mis pensamientos.

Empujo lentamente la pesada puerta de roble para que el crujido no sea tan fuerte, y camino de puntillas por el piso de mármol del vestíbulo, tan silenciosa como mis botas de piel de becerro me lo permiten; avanzo furtivamente hasta la oficina que comparto con otras dos bibliotecarias. La habitación está vacía y exhalo aliviada. Si la amable señorita Mc-Keena me viera llegar tarde, no tendría importancia. Pero con la señorita Adams, de ojos pesados y carácter entrometido, nunca podría estar segura de que no mencionaría mi falta a nuestro superior en algún momento futuro.

Me quito el abrigo y el sombrero, con cuidado de no alborotar mi cabello rizado y rebelde. Estiro mi falda azul marino antes de sentarme. En cuestión de minutos, la puerta de la oficina se abre de golpe, se azota contra la pared de paneles de madera, y me hace dar un respingo. Es mi única buena amiga, mi compañera bibliotecaria y de vivienda, Gertrude Hyde. Como es sobrina de la respetada jefa de compras de la biblioteca, Charlotte Martins, ella puede vulnerar la sagrada tranquilidad de los pasillos sin miedo a las represalias. Es una chica entusiasta de 23 años con cabello rojizo y ojos brillantes; nadie me hace reír como ella.

—Disculpa que te haya sobresaltado, querida Belle. Supongo que ahora te debo dos disculpas, en lugar de la única que tenía la intención de pedirte. Primero, te abandonamos esta mañana, lo que sin duda provocó que llegaras tarde —dice con una sonrisa traviesa y una mirada de reojo hacia el reloj de pared—, y ahora, te he dado un buen susto.

—No seas tonta. La culpa es mía. Debí dejar para después esa carta a mi madre y venir al campus contigo y con Charlotte... Con la señorita Martins, quiero decir —me corrijo.

Casi todos los días, Charlotte, Gertrude y yo caminamos juntas desde su gran casa familiar en University Drive, donde yo

tengo una habitación y comparto las comidas con ellas y con el resto de su familia, quienes viven en la casa también. Desde el principio, ellas me recibieron con calidez y generosidad en su hogar y en sus círculos sociales, y en el trabajo me brindaron una enorme ayuda. No puedo imaginar cómo hubiera sido mi vida en Princeton sin ellas.

—Belle, ¿por qué tanto alboroto por cómo llamar a la tía Charlotte? Aquí solo estamos tú y yo —me regaña Gertrude, burlona.

No digo lo que estoy pensando: Gertrude no necesita evaluar cada momento de cada día a partir de los estándares sociales para asegurarse de que su comportamiento pase la prueba. Ella no necesita analizar sus palabras, su andar, sus modales; pero yo sí. Incluso con Gertrude debo actuar con cuidado, en particular debido al agudo escrutinio de este pueblo universitario, que funciona como si estuviéramos en el sur segregado, en lugar del norte, supuestamente más progresista.

En el pasillo afuera de la puerta de mi oficina se escucha el taconeo distintivo de los zapatos de la señorita Adams, y la falda de la señorita Gertrude se agita conforme avanza para irse. Le tiene tanto cariño a mi compañera de oficina como yo, pero sale corriendo antes de quedar atrapada en una conversación.

Antes de alejarse de la oficina, voltea hacia mí y murmura:

—¿Sigues libre para la conferencia de filosofía esta noche?

Desde que Woodrow Wilson asumió la presidencia de la Universidad de Princeton hace tres años e instituyó toda suerte de reformas escolares, la cantidad de conferencias abiertas para el personal y los miembros de la comunidad han aumentado. Si bien Gertrude y yo disfrutamos de que nos incluyan en la vida académica del campus, yo detesto algunas de las otras decisiones que Wilson ha tomado; por ejemplo, mantener a Princeton como una universidad exclusiva para blancos, cuando todas las otras escuelas de la Ivy League ya admiten a gente de color. Pero nunca expresaría en voz alta estas opiniones.

En cambio, respondo:

—No me la perdería por nada del mundo.

La calma de los ejemplares apilados me envuelve como una cobija suave. Me relajo entre el silencio tenue de las páginas que los lectores hojean, y el olor de las encuadernaciones de piel. Mis largos días en compañía de los manuscritos medievales y libros recién impresos me provocan serenidad y deleite. Pienso en la labor de los primeros impresores, quienes conmemoraban el idioma inglés y difundían su literatura mediante el trabajo meticuloso de colocar carácter por carácter; así, transformaban las páginas vacías en hermosos textos que inspiraban a devotos y lectores. Esa imagen me transporta más allá de los límites de este tiempo y lugar, tal como mi papá siempre lo creyó. Para él, la palabra escrita podía actuar como una invitación al libre pensamiento y a un mundo más vasto. Y eso cobraba un sentido especial en los albores de la palabra impresa, porque, por primera vez, esa invitación se podía extender a las masas, en lugar de a unos pocos elegidos.

—Señorita Greene.

Escucho una voz suave al otro lado de las estanterías.

Dos sencillas palabras, pero el tono modulado y el acento característico de mi visitante lo delatan; sin mencionar que lo estaba esperando.

—Buen día, señor Morgan —respondo mirando en su dirección.

Aunque hablo en voz baja, la señorita Scott levanta la mirada desde el escritorio de la recepción con el ceño fruncido, como si desaprobara. Lo que le molesta no es tanto el volumen de mi voz, sino la afabilidad de mi relación con el compañero bibliotecario y benefactor de colecciones.

Si bien el señor Junius Morgan es un banquero, ha donado con generosidad docenas de antiguos manuscritos medievales a la universidad, y por ello también tiene el título de bibliotecario

asociado en jefe. Estoy convencida de que la señorita Scott piensa que cualquier tipo de relación entre nosotros —aunque sea solo amable, profesional— está por debajo de él.

Un hombre delgado de escaso cabello castaño entra en la oficina, con una expresión cordial detrás de sus lentes circulares.

—¿Cómo está, señorita Greene?

—Bien, señor, ¿y usted?

Mi tono es profesional y reservado. Son veinte minutos más tarde de la hora que habíamos acordado, y yo había empezado a pensar que se había olvidado de nuestra cita. Pero jamás me atrevería a mencionar su retraso.

—Le iba a echar un vistazo a Virgilio, como acordamos ayer. Me preguntaba si aún le gustaría acompañarme. Siempre y cuando sus labores y su interés lo permitan, por supuesto.

El señor Morgan, a quien llamo Junius en la intimidad de mis pensamientos, sabe que mi celo por las colecciones más valiosas de la biblioteca es casi tan intenso como el suyo, y que ninguna de mis otras tareas obstaculizaría la consulta privada que me prometió.

Compartimos la pasión por Virgilio, el antiguo poeta romano. La biblioteca alberga cincuenta y dos volúmenes de su poesía. Mis conversaciones con Junius sobre los misteriosos viajes de la *Eneida* y la *Odisea* han sido algunos de los momentos más emocionantes de mi vida. Julius admira a Ulises; yo siempre me identifico con Eneas, el troyano refugiado que intenta cumplir su destino en un mundo que no tiene lugar para él. A Eneas lo impulsaba el deber, el sacrificio por el bien de otros.

—Ya despejé mi agenda, señor. —Sonrío.

—Maravilloso. Si fuera tan amable de seguirme.

Mi falda roza el piso de roble mientras sigo a Junius hasta la pequeña y elegante sala en donde se alojan las obras de Virgilio. Tengo que respirar profundamente y contenerme de golpetear el suelo con el pie mientras espero a que saque el pesado llavero de su bolsillo.

Finalmente, empuja la puerta para mostrar las vitrinas que guardan la valiosa colección de libros excepcionales. Solo existen aproximadamente ciento cincuenta libros impresos de la poesía de Virgilio. Todos estos volúmenes se imprimieron en el siglo xv. La mayoría los donó Junius.

He visto estos libros solo unas cuantas veces, mientras estaba acompañada del equipo de restauración. Este es un momento sagrado.

La voz del señor Morgan se escabulle en la santidad de mis pensamientos.

—¿Le gustaría sostener mi favorito?

Junius tiene en las manos el ejemplar de los impresores Sweynheym y Pannartz, el más valioso de todos. Los clérigos alemanes Conrad Sweynheym y Arnold Pannartz fueron dos de los primeros impresores en el siglo xv, y el libro que me presenta es una de las primeras ediciones de su imprenta.

—¿Puedo? —pregunto incrédula ante esta oportunidad.

—Por supuesto.

Sus ojos brillan detrás de los anteojos. Sospecho que para él es emocionante compartir su tesoro con alguien que lo aprecia en la misma medida.

Me pongo los guantes blancos que me ofrece. El libro es más pesado de lo que esperaba. Me siento frente a él y abro las páginas.

Papá hubiera disfrutado tanto este momento. Pienso en mi padre, quien me introdujo al refinado mundo del arte y los manuscritos cuando yo era solo una niña.

«Un día, la belleza de tu mente y la belleza del arte estarán unidas», me dijo papá una vez.

El recuerdo de las palabras de papá me hace sonreír conforme paso las páginas amarillentas. Examino los detalles de la letra *T*, escrita a mano, que marca el inicio de la página, y me maravilla el lustre de la lámina de oro. No me doy cuenta de la presencia de Junius, sino hasta que empieza a hablar.

—Anoche vi a mi tío.

Junius no tiene que explicar quién es su tío. Todos en la biblioteca sabemos que es nieto del infame financiero J.P. Morgan, y por eso nunca lo menciono. Quiero que Junius entienda que lo aprecio solo por su erudición.

—¿Ah? —respondo con amabilidad sin apartar los ojos de la página.

—Sí, en el Club Grolier.

Conozco el club del que habla, por reputación al menos. Se fundó hace unos veinte años, en 1884. El club privado consiste en bibliófilos adinerados cuyo objetivo principal es promover el estudio y la colección de libros. Me encantaría echar un vistazo detrás de esas puertas cerradas de su palacete románico en East 32nd Street. Pero como mujer, nunca me admitirían; y para esos hombres, mi sexo no sería mi único pecado.

—¿Asistió a una conferencia interesante? —Trato de continuar la charla.

—De hecho, señorita Greene, la conferencia no fue lo interesante.

El tono de Junius no es el acostumbrando, es casi juguetón. Curiosa, aparto la mirada de Virgilio. El rostro plácido de Junius, siempre agradable pero siempre serio, esboza una enorme sonrisa. Es un poco desconcertante; mientras me inclino un poco hacia atrás, me pregunto qué diablos está pasando.

—¿No? —pregunto—. ¿La conferencia no fue buena?

—La conferencia estuvo bien, pero la plática más fascinante de la noche fue con mi tío, acerca de su colección personal de arte y manuscritos. Lo aconsejo sobre ella de vez en cuando, así como sobre la biblioteca que le está construyendo junto a su casa en la ciudad de Nueva York.

—Ah, sí —asiento—. ¿Está pensando en hacer una nueva adquisición interesante?

Junius calla por un momento antes de responder.

—Por decirlo de alguna manera, supongo que está buscando una nueva adquisición —responde con una risita cómplice—. Le recomendé que la entrevistara a usted para el nuevo puesto de bibliotecaria.

Capítulo 2

7 de diciembre de 1905

Nueva York, Nueva York

Mientras el tranvía de la línea de Broadway se tambalea hacia la parte residencial de la ciudad y la noche de Nueva York se despliega a mi alrededor, casi me siento feliz de que la llegada tardía del señor Richardson me obligara a retrasar mi salida hasta el tren de las 7:00 p. m. No se ve la luna en el cielo azul oscuro; sin embargo, la ciudad de Nueva York siempre tiene brillo y vida. Veo a las parejas acicaladas que caminan por las calles con los brazos entrelazados; a los jóvenes estudiantes que regresan de la biblioteca o que se dirigen a los bares; a los repartidores que gritan titulares para vender sus periódicos. Después de haber vivido en la ciudad durante más de diez años, antes de haberme mudado al adormilado Princeton, debería estar acostumbrada al ajetreo de la noche. Sin embargo, la intensidad nocturna me sorprende cada vez que vuelvo a mi hogar.

Hogar. Esa palabra interrumpe todos mis pensamientos. ¿La ciudad de Nueva York es en realidad mi hogar? He vivido aquí desde que tenía ocho años, pero los recuerdos que tengo del lugar previo a nuestra mudanza a Nueva York son los que evoco con más cariño.

Mientras el tranvía avanza por Broadway, vuelvo al pasado y le sonrío a la niñita que veo en mi mente. Me imagino más joven

en el jardín frente a nuestra casa de dos pisos en T Street NW, en Washington, D.C. A ambos lados de la casa vivía la familia de mi mamá. La abuela Fleet a la derecha, que vivía con el tío James y el tío Bellini; y a la izquierda el tío Mozart, su esposa y su hijo. Ahí siempre me sentí segura, bien. Completa, incluso.

Recuerdo un día de verano muy caluroso en el que encontré una agradable sombra bajo el olmo, un lugar que atesoraba mucho. Tiempo atrás había reclamado ese olmo como parte de mi propiedad, y nadie se atrevía a negárselo a la nieta más querida y consentida de la abuela, la matriarca de la familia. Ese día me recargué en el tronco y abrí mi cuaderno de dibujo para hacer un boceto de la intrincada red de hojas del árbol. Las raíces estaban en el jardín delantero de la abuela, pero las ramas se extendían más allá de nuestro patio, hacia la casa del tío Mozart. Sin embargo, antes de que pudiera trazar más de unas cuantas líneas, escuché que mamá me llamaba para la cena.

Ignoré su llamado dos veces; después arrojé mi cuaderno y mi lápiz sobre el pasto y entré corriendo. Incluso a mi edad —tenía cinco o seis años en aquel entonces— sabía que, si mamá me llamaba una tercera vez, yo habría roto una de las reglas que regían a la familia Fleet: nunca debíamos alzar la voz, ni tampoco debíamos hacer nada para que los adultos elevaran el volumen con nosotros. Ese era solo uno de los muchos principios con los que vivíamos. Ser un Fleet consistía en estar bien educado (todas mis tías y tíos habían asistido a la universidad), y en trabajar duro (todas las mujeres eran maestras y todos los hombres ingenieros). Los Fleet se vestían con discreción, participaban en asuntos de la comunidad, y siempre se comportaban con cortesía y dignidad, sin importar el trato que recibieran fuera de la burbuja de nuestro pequeño mundo.

—Ahí está mi bebé —dijo la abuela al verme, como siempre hacía.

Extendió los brazos y me envolvió en un abrazo. Con mi nariz pegada a su delantal, olí el delicioso aroma de la levadura de los

bollos que siempre impregnaban su ropa. La manera en la que la abuela me abrazaba me dejaba con ganas de quedarme entre sus brazos para siempre.

—Anda, ve a sentarte —dijo, señalando la mesa.

Me senté y disfruté ese momento especial del día, en particular porque papá estaba en casa, algo poco habitual porque siempre estaba muy ocupado con cosas que yo no entendía. Cuando todos nos sentamos en las dos mesas —una para los diez adultos y otra más pequeña que yo compartía con mis hermanas, Louise y Ethel; con mi hermano, Russel; y con nuestro primo, Clafton, hijo del tío Mozart— papá dio gracias y luego, con la copa en alto, se levantó.

—Por los Fleet; que siempre seamos prósperos y estemos en paz en nuestro pequeño Edén. Por mi querida Genevieve, quien ha sido mi fuente constante de fortaleza y que perdona mis ganas de salvar al mundo; que sepas siempre cuánto te amo. Por mis queridos hijos, que nunca podrán comprender cuán queridos son; que cada uno de ustedes agradezca al buen Señor de los cielos por su generosidad y sus formas, aunque a veces sean misteriosas.

Todos rieron y yo también, aunque no tenía ni idea de qué era tan gracioso. Pero entonces, papá se inclinó y le dio un beso a mamá, algo que hacía a la menor oportunidad. Lancé unas risitas y me tapé los ojos, aunque la manera en la que se tomaron de la mano y se besaron me hizo sentir una ola de calidez que recorrió todo mi cuerpo.

El retumbo del tranvía me saca de mi ensoñación, y dejo escapar un suspiro. Ya pasaron casi dos décadas desde entonces, y aunque al principio regresábamos para las vacaciones de vez en cuando, han pasado ya diez años desde nuestra última visita. Ahora, mi única conexión con Washington D.C. son las tarjetas de cumpleaños que todos recibimos de la abuela Fleet, además de algunas cartas ocasionales del tío Mozart. El hermano de mamá solía visitarnos cuando recién nos mudamos a Nueva York. Él y papá eran buenos amigos; incluso fue Mozart quien presentó a

mis padres. Pero él no ha hecho un viaje en mucho tiempo, y lo único que tengo ahora son mis recuerdos. Aunque sean viejos y un poco borrosos, valoro cada día que rememoro, y sé que D.C. será siempre mi hogar.

El tranvía se sacude y echo un vistazo por la ventanilla. Esta es mi parada. Bajo del tranvía y todavía tengo que caminar cuatro cuadras hasta el departamento de mi familia, con el viento arremolinado del invierno envolviendo mi cuerpo. Por la temperatura casi helada me hubiera venido bien un coche desde la estación Grand Central; pero, dada la naturaleza improvisada de este viaje, las finanzas familiares no lo permiten.

Trato de apretar el paso, pero mi maleta, que contiene mi mejor vestido gris de trabajo y mis zapatos de tacón más nuevos, está pesada. Camino por Broadway y doy vuelta en West 113th Street. Con los dedos congelados trato de abrir la puerta del edificio de piedra café marcado con el número 507. Pero cuando la cerradura no se abre, me doy cuenta de que está descompuesta otra vez, y de que la llave no es necesaria. Me gustaría que nos mudáramos a algún lugar donde todo funcionara.

Al interior, froto mis manos enguantadas y subo las escaleras hasta el primer piso. Una lámpara en forma de globo cuelga sobre mí; al menos ya reemplazaron el foco fundido. Afortunadamente, la llave se desliza con facilidad en la cerradura y entro al departamento de mi familia.

Aquí es donde mi mamá y mis hermanos se mudaron hace más de dos años, cuando mi hermano mayor, Russell, empezó un posgrado en ingeniería en la Universidad de Columbia. Antes, mi familia vivía cerca del centro, en West Nineties, en una colonia agradable de clase media repleta de carpinteros, agentes de policía, contadores y comerciantes, si eran hombres; y costureras, secretarías y maestras, si eran mujeres. La mayoría eran descendientes de alemanes, irlandeses y escandinavos. Este nuevo vecindario rebosa de estudiantes, profesores y trabajadores, con antecedentes muy

diversos, que laboran en la universidad, y pudimos encontrar un departamento en uno de los edificios menos caros que está a tan solo tres cuadras de Columbia. Ahí, mi hermano estudia varias materias de posgrado en minería, ingeniería eléctrica e ingeniería de vapor, un esfuerzo que ayudará a mejorar los recursos económicos de toda mi familia. Estamos absurdamente orgullosas de él.

Me imagino que el departamento está oscuro, con las puertas cerradas de las dos recámaras y Russel dormido en el sofá, puesto que todos tienen que levantarse temprano: Louise y Ethel para ir a su trabajo como maestras, Russel para sus clases y mi hermana menor, Theodora, para asistir a la escuela. En lugar de eso, encuentro a mamá sentada en la sala, en su mecedora, junto a la mesita donde está la lámpara. Parece un ramo de flores de invernadero, perfectamente arreglada, con los tobillos cruzados y las manos descansando sobre su regazo. Como una flor, sus facciones son delicadas y encantadoras: pómulos altos, nariz recta y fina, de la que siempre he estado celosa, y labios en forma de botón de rosa. Solo las mechas canosas en su cabello castaño anuncian sus 50 años. Como de costumbre, lleva su bata bordada de seda, un regalo que papá le hizo antes de que yo naciera.

—Buenas noches, mamá —murmuro. No quiero despertar a Russel.

Sus ojos color avellana se abren y le toma un momento darse cuenta de mi presencia.

—Ah, Belle Marion —responde adormilada, aunque su voz es tan baja como la mía—. Por fin llegas a casa.

Debí despertar a mamá de un sueño muy profundo para que me llame con mi primer y segundo nombres, que con frecuencia usaba cuando yo era niña. Desde que me mudé a Princeton, le prohibió a toda la familia que me llamaran Marion. Debo *ser* Belle da Costa Greene, insiste en recordarme.

Le doy un beso en la mejilla.

—No debiste esperarme despierta, mamá. Es tarde.

Volteo a ver a mi hermano, aunque no se ha movido ni un centímetro.

—No tan tarde como para recibir a mi hija. —Mamá saca su reloj del bolsillo y dice—: Dios mío, ya pasan de las 11:00. No me gusta pensar que estás allá afuera sola a esta hora en las calles de la ciudad.

—Esperaba llegar más temprano, en el tren de las 5:00, pero tuve que terminar un trabajo antes de salir.

—Solo me alegra ver tu hermoso rostro, Belle. Mañana tienes un gran día.

Incluso en la luz tenue, sus ojos brillan. Es un día importante para toda mi familia. Lo que beneficia a uno, nos beneficia a todos.

Mamá se pone de pie y la sigo por la habitación, hasta la cocina. Con mucho cuidado de no hacer ruido, jala una silla de la mesa y me siento junto a ella. Incluso con nosotras dos solas, la cocina se siente demasiado concurrida. La mesa para seis personas está apiñada frente a la alacena en la que apenas cabe una nevera y la estufa. Todo el departamento de dos recámaras parece repleto. Es demasiado pequeño para los cinco, pero es todo lo que podemos permitirnos. Los sueldos de maestra de mis hermanas, más lo poco que gana mamá dando clases de violín para niños, apenas es suficiente para pagar los gastos y la educación de Russell. Yo envío a casa lo que puedo; pero, como tengo que pagar mi propia habitación y manutención en Princeton, no es mucho.

—Entonces —dice mamá con seriedad—, pláticame cómo te preparaste para la entrevista.

Me había dado mucho gusto ver a mamá, pero ahora estoy molesta. Su pregunta y su tono implican que quizá no me preparé lo suficiente. Aunque en público me quito varios años de edad, de hecho, tengo 26 y una carrera profesional exitosa, a pesar de que las bibliotecarias no ganamos tanto como las maestras. Pero mamá sigue insistiendo en hablarme como si tuviera 19 años. Sin embargo, nos criaron para usar un lenguaje respetuoso, y jamás pensaría en expresar mi enfado.

—Junius... el señor Morgan —me corrijo. Mamá no aprobaría que usara un trato tan familiar—, el señor Morgan, el más joven, me ayudó, por supuesto. Me dio una lista de la colección del señor Morgan e investigué sobre sus obras de arte, libros y artefactos. No solo estoy considerando cómo catalogarla de manera correcta, sino también cómo aumentarla. Y he estado estudiando los planos arquitectónicos de la nueva biblioteca para poder hacerle sugerencias de cómo exhibir y almacenar su colección.

—Bien, bien, me alegra escuchar que estás preparada para hablar de su nuevo edificio y de sus propiedades. Suponiendo que no lo considere presuntuoso, por supuesto, ya que aún no te contrata. Pero eso no es lo único que te preguntará, lo sabes, Belle —dice mamá. Su acento ligeramente sureño se intensifica, señal de que toma esto en serio.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué le vas a responder al señor J.P. Morgan cuando te pregunte sobre tu educación? Tiene bibliotecarios de dónde escoger, y la mayoría de ellos tienen diplomas bastante impresionantes, supongo. Tendrás que demostrar quién eres.

Mamá arquea la ceja derecha, como hace siempre que está nerviosa o escéptica.

Odio admitirlo, pero mamá tiene la asombrosa capacidad de señalar elementos clave que yo he pasado por alto. No consideré cómo presentar mi instrucción académica de la mejor manera porque no se requiere una educación específica para ser bibliotecario, y nadie me ha preguntado por mi escolaridad en los cinco años que llevo trabajando en Princeton.

—Estudí para maestra.

—¿Estás presentando una solicitud para un puesto de maestra?

Mamá cruza los brazos como si fuera ella quien me hiciera la entrevista.

—No, por supuesto que no.

Me esfuerzo por ocultar mi irritación, porque sé que me está preparando para cualquier eventualidad, pero su tono me recuerda a las conversaciones que tuvimos seis años atrás. Mamá propuso que yo debía seguir los pasos de mis hermanas, Louise y Ethel, y tomar el mismo camino recatado y seguro. «Necesitas una carrera como la enseñanza, que puedas retomarla en cualquier momento sin importar los contratiempos que encuentres», me dijo. Pero cuando una compañera de mi clase mencionó que había un puesto libre en la biblioteca de la Universidad de Princeton, nadie pudo evitar que me presentara a la entrevista. Cuando conseguí el trabajo, mamá fue mucho más conciliadora.

—Entonces, si no estás solicitando un puesto de maestra, ¿qué tendrías que decir?

Mi mente está en blanco, pero de pronto tengo una idea.

—Sé exactamente lo que diré: mi experiencia en Princeton ha sido la mejor educación en el mundo.

Mamá ríe, encantada, luego presiona sus dedos contra sus labios, mientras Russell se mueve en el sillón.

—Bueno, si eso no es abrirse paso en la vida, no sé que es —murmura—. Es perfecto. Y puesto que el joven señor Morgan estará ahí, le gustará que menciones su *alma mater* y la elogies efusivamente frente a su tío.

Ambas asentimos, pero mamá vuelve a fruncir el ceño.

—¿Y si pregunta sobre tus maestros y tu experiencia en Princeton? ¿Tu «educación», como tú la describes? Después de todo, es una universidad para hombres.

Estoy de regreso en territorio seguro.

—Describiré el extenso entrenamiento que recibí del señor Richardson, el jefe de la biblioteca, y la enseñanza de la señorita Charlotte Martins, la bibliotecaria a cargo del departamento de compras. Por supuesto, también hablaré de mi formación en el sistema de bibliotecas públicas de Nueva York y mi curso de bi-

bliografía en la Escuela Fletcher de Bibliotecología de la Universidad de Amherst, si en verdad me presiona.

—Excelente, querida. —Lanza un suspiro que suena casi como un leve silbido—. Imagínalo. La oportunidad de trabajar directamente para el señor J.P. Morgan. Es el hombre más importante de Nueva York, quizá del país.

Sacude la cabeza, incrédula, y pienso que después del interrogatorio de mamá, mi entrevista con el señor Morgan quizá me parecerá fácil.

Antes de que abra la boca para volver a hablar, yo ya sé lo que va a decir.

—Esto es precisamente por lo que elegimos este camino —dice como si, de nuevo, tuviera que explicarme y, además, convencerme—. Una chica de color llamada Belle Marion Greener nunca hubiera sido considerada para un trabajo con el señor J.P. Morgan. Solo una chica blanca llamada Belle da Costa Greene tendría esa oportunidad.

Sus palabras hacen que el pasado me inunde, y de pronto ya no soy la mujer adulta sino la adolescente de 17 años. Era temprano, en la tarde, y podía oler el pan recién horneado y el guisado de pollo. Nos habíamos mudado de DC unos diez años antes, cuando papá consiguió su nuevo trabajo en la asociación Grant Monument. Yo ya había aprendido a disfrutar la ciudad, en particular nuestro departamento en West 99th Street, a la vuelta de la esquina de Central Park. Mi hermano, mis hermanas y yo estábamos encantados cuando nos mudamos a ese espacio más amplio. Con las cuatro habitaciones contiguas a un largo pasillo que desembocaba en la sala por un lado, y en la cocina y el comedor por el otro, sentíamos que la casa era tan grande como el parque.

Esa noche estaba sentada en la mesa de la cocina, ayudando a Teddy con su tarea, cuando unos gritos nos interrumpieron. Supuse que el ruido provenía de nuestros escandalosos vecinos de al lado: un vendedor, su esposa y sus cinco hijos rubios y pequeños, que con frecuencia eran estridentes.

—Debí imaginar que ese era tu objetivo. Desde el principio debí darme cuenta de que esto era lo que querías —estalló la voz de mi padre—. Desde el momento en que elegiste este barrio y engañaste al arrendador para obtener este departamento, debí saberlo.

—Hice todo esto por nuestros hijos, por ti y por mí. —La voz de mi madre, que en general tenía un tono refinado y un volumen un poco más alto que un murmullo, era tan fuerte como la de mi padre.

Era impactante escucharlos así. Por supuesto, yo me había dado cuenta de que con cada año había menos miradas amorosas, menos manos entrelazadas, y una ausencia de besos robados. La tensión entre mis padres había aumentado, pero supuse que se debía a que mi padre a menudo estaba fuera recaudando fondos para la asociación Grant Monument, y dando discursos en favor de la igualdad de derechos. Pero nunca los había escuchado alzar la voz. Los Fleet no gritaban.

Me quedé helada. Hasta que Teddy se removió en su silla. Cuando miré al otro lado de la mesa, mi hermana de diez años estaba temblando. Puso los codos sobre la mesa y se tapó los oídos. Le di un rápido abrazo y luego crucé el pasillo hasta el comedor, desde donde podía oír mejor a mis padres.

—Después fueron las escuelas de los niños —continuó mi padre—. Querías que solo estuvieran en escuelas exclusivas para blancos.

—Porque quiero lo mejor para ellos —gritó.

—No, Genevieve, todo se trata de ti. Esta es la vida que tú siempre quisiste.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Su voz se quebró de angustia—. Esto no es lo que yo quería. Esto es lo que tenía que hacer. Soy una Fleet, estoy orgullosa de mi herencia.

Mi padre rio con amargura.

—¡*Tu* herencia! Ah, sí, eres la hija de la gran familia Fleet, mientras que yo soy solo el pobre nieto de un esclavo. Te casaste

con un Greener, un hombre muy por debajo de tu posición social en la vida.

—Richard, por favor no digas eso. Sabes cuánto te amo.

—¿En verdad?

—Sí, te amo. Y sé que tú me amas. Por eso quiero que entiendas. Me acusas de darle la espalda a lo que soy, pero no es eso lo que estoy haciendo.

—Sí, justo eso estás haciendo —Escuché el crujido de los papeles y luego mi padre gritó—: Aquí está la evidencia. Reportaste nuestra raza como blanca a los trabajadores del censo.

Mi padre estaba furioso, pero yo no comprendía su enojo. ¿Qué importaba cómo nos había reportado mamá en el censo, puesto que nuestra piel era tan clara como la de todos los que vivían en nuestro barrio? Incluso éramos un poco más blancos que los inmigrantes recién llegados que había visto en Lower Manhattan, aquellos de ascendencia italiana y mediterránea que se suponía que eran blancos, aunque de un tipo inferior. Estaba segura de que papá no quería que viviéramos en los barrios en los que se atiborraban las personas de color: Five Points, Greenwich Village, el Tenderloin o Harlem. Las condiciones en algunas de esas viviendas infestadas de crímenes eran famosas por ser insalubres: las enfermedades se propagaban con regularidad y en algunos lugares ni siquiera tenían baños o agua corriente.

Entonces, ¿cuál era el problema de reportarnos como blancos, si vivíamos como blancos? Pero claro, nunca se hablaba del asunto, al menos no frente a los niños. Hacía tiempo había aprendido, entre las muchas lecciones de etiqueta de los Fleet, que la raza, como la política y la religión, nunca debía discutirse en público y solo muy rara vez en privado.

Las palabras de mamá sonaban apagadas. No pude discernir nada con claridad hasta que papá volvió a hablar.

—¿Por qué no puedes entender que esto tiene ramificaciones enormes, Genevieve? Has hecho oficial nuestra condición de

blancos. Después de todo el trabajo que he hecho para defender la igualdad de derechos para la población negra y de color. Después de lo mucho que he peleado en tribunales, en periódicos, revistas y estrados para que todos los ciudadanos sean tratados igual, sin importar si son negros, blancos o de color, mulatos. Para que no nos definan por cuántas gotas de sangre africana corren por nuestras venas, sino por nuestro carácter y nuestras acciones. Para que ninguno de nosotros se avergüence de nuestra herencia, negros y de color por igual, y deberíamos unirnos en la lucha contra el prejuicio. Lo que has hecho va en contra de todo lo que yo defiendo y por lo que he trabajado...

Escuché un balbuceo, pero, ¿era mi padre? ¿Cómo un hombre reconocido por su capacidad de oratoria —el Richard Greener, primer graduado de color en Harvard, antiguo profesor de la Universidad de Carolina del Sur, y antiguo decano de la Escuela de Derecho de la Universidad Howard, quien ha pronunciado discursos por todo el país— podía ahora quedarse mudo?

—Estoy haciendo lo mejor para todos nosotros, Richard, ¿no lo comprendes? En particular aquí en Nueva York. Esta ciudad no es como el barrio protegido que teníamos en casa. E incluso ahí las leyes están cambiando. DC ya no es seguro. Aquí, la integración les brindará a nuestros hijos las mejores oportunidades.

Ahora, su voz era tranquila y clara, como si ninguna oratoria o presentación lógica pudiera convencerla.

—¿Integración? Eso no es lo que estás haciendo. No solo estás intentando integrarte para darles una mejor educación a nuestros hijos, y una mejor vivienda a la familia, ¿estás tratando de *ser* blanca!

Nunca había escuchado a mi padre tan furioso.

—¿Te das cuenta de que lo que estás haciendo es la razón por la que mis compañeros activistas me evitan? —continuó—. ¿Entiendes que tus acciones son el motivo por el que la Oficina Oeste de la Gente de Color del Partido Republicano en Chicago está cuestionando su decisión de contratarme para cubrir la campaña

electoral de McKinley para la presidencia? Corren los rumores de que, porque vivo en un barrio de blancos y trabajo casi exclusivamente con gente blanca en la asociación Grant Monument, tengo la intención de cruzar la línea de color. Piensan que me he dejado acoger por los blancos y que he abandonado a mi gente. Si alguien supiera que nos inscribiste como blancos en el censo, me considerarían un traidor y nadie me volvería a contratar para hablar o escribir sobre temas de raza. Y *esa* es la labor de mi vida, Genevieve.

—La familia siempre debería ser primero, Richard. Yo. Tus hijos. Deberíamos ser la prioridad —respondió mamá alzando la voz.

—¿Cuándo te darás cuenta de que somos parte de una familia más amplia, Genevieve? —Su voz era casi un aullido—. ¿La comunidad de color? Deberías sentir el mismo orgullo por eso que por ser una Fleet. Deberías entender lo importante que es levantar a esa familia junto con la nuestra.

Papá, que tenía la piel tan clara que con frecuencia la gente lo confundía con un blanco, sin importar que sus palabras y sus acciones dijeran lo contrario, debió de recuperar la compostura porque su tono se reguló, aunque continuó con la voz alzada:

—Que te registraras a ti y a nuestros hijos como blancos fue como si le dieras la espalda a nuestra propia gente. Como si te dieras la espalda a ti misma. —Hubo una larga pausa antes de que volviera a hablar, y cuando lo hizo, fue casi un murmullo—. Y darme la espalda a mí, sobre todo.

Un sollozo escapó de los labios de mi madre.

—La lucha por la igualdad ya terminó, Richard. La perdiste. La perdimos hace quince años, cuando la Corte Suprema revocó la Ley de Derechos Civiles que le hubiera dado a toda la gente negra y de color la igualdad de derechos que merece. Sin embargo, sigues pensando que algo va a cambiar para mejor. Pero el tiempo de la esperanza ya pasó, las cosas solo van a empeorar. Solo hay negros y blancos, sin nada en el medio; siempre separados, pero nunca iguales. La segregación se encargará de ello.

—Quizá eso sea cierto, Genevieve, pero no significa que debamos rendirnos. Tenemos que luchar y seguir demostrando de lo que somos capaces —respondió papá con resignación.

—No estoy de acuerdo. Sí es tiempo de rendirse. Las fuerzas que están en contra de la igualdad son demasiado poderosas como para vencerlas. Pero tenemos una ventaja. Tenemos la piel clara, Richard. Es un regalo que Dios nos dio.

—¿Crees que nuestra piel clara es un regalo de Dios? —La furia de papá era evidente—. ¿Nunca has pensado por qué tenemos ese tono de piel? ¿No te ha cruzado por la cabeza la violencia que los hombres blancos cometieron contra nuestros ancestros?

Sus palabras me dejaron sin aliento. Por supuesto, yo sabía sobre tales asuntos, pero nadie se atrevía a hablar acerca de ellos en voz alta en nuestra casa.

Pero la respuesta de mamá fue tan firme como su declaración inicial.

—En este país la gente de color debe aprovechar todas las oportunidades. Nuestra tez clara nos brinda una elección. —Hizo una pausa—. Yo elijo el blanco para los niños y para mí. No puedo tomar esa decisión por ti, Richard. Pero por favor tómalala conmigo. Hazlo por nosotros. Por nosotros y por nuestros hijos.

En el silencio, su tensión se filtró por la sala, flotó hasta la cocina y reposó sobre mí.

Contuve la respiración hasta que escuché el sonido de fuertes pisadas que hacían eco por el pasillo, y que provenían de papá cuando caminó por el comedor. Era como una mancha gris, negra y color marfil; su ropa no se distinguía de su piel. La puerta de la casa se abrió con un rechinido y luego se cerró de golpe, lo cual me dejó con una abrumadora sensación de perplejidad, enojo y nostalgia infantil, que en realidad nunca me ha abandonado.

Con ese acto, todo estaba hecho. Nunca más volverían a llamarme Belle Marion Greener, la orgullosa hija de Richard Gre-

ener, abogado y defensor de la igualdad, y miembro del Décimo Talento; y de Genevieve Fleet Greener, parte de la élite de Washington, D.C., la comunidad de las personas de color libres. No. Poco tiempo después de eso acepté la decisión de mi madre como si fuera propia y me convertí en la mujer blanca conocida como Belle da Costa Greene.